

S. FERNANDEZ: EN TELA DE JUICIO



JOAQUIN MORTIZ . MÉXICO

Sergio Fernández

En tela de juicio

serie del volador

*Esta farsa para Ida Rodriguez,
del autor,
vitalmente sin objeto preciso.*

Primera edición, julio de 1964
Segunda edición, febrero de 1979

D.R. 1964 Editorial Joaquín Mortiz, S.A.

Tabasco 106, México 7, D.F.

ISBN 968-27-0064-7

PRIMERA PARTE

Uno

Sacó la llave.

No tenía importancia pero las cosas se imponían con su actividad sin porqués, al parecer no interesada. En su derredor, dispuestas a base de ejemplos anteriores, no eran sino la última tirada de un misterio, la abertura por medio de la cual uno -pensó- contempla tonalidades y alusiones de todas las especies. Y quizás por ello salieron sin firmeza, desorientadas, como si no supieran que una tradición las respaldaba. Surgieron a cumplir un encargo, un deseo expreso y poco claro. Una armonía, tal vez: a seguirmos, adivinando nuestros pasos. Por eso tantearon el terreno y poco a poco, al no sentir ninguna oposición en firme -algo más desenvueltas, menos atropelladas- progresivamente se amoldaron al horizonte que un hombre tiene frente a sí al salir de su casa, al cerrar la puerta y comprender que todo lo mismo casarse dentro de unas cuantas horas que subir y subir, como el humo de aquella chimenea, que todo -ir al Registro Civil o trepar, palpando con cuidado el aire- abriga ciertos méritos. Y así, aun cuando cupieran muchas dudas, era afortunado mirarlas, ser parte del no saber qué pasa cuando queremos comprender (por ejemplo) cuál es el motivo por el que la gente, a las ocho de la mañana, camina por la calle, pues ¿qué impulso, cuál voluntad, qué arbitraria sustancia han tocado a ese grupo que

trepa en un tranvía y se va por allí, como la mera consecuencia de otros actos?

Alguien sin duda las soltó con la intención determinada de decirles “Es la oportunidad”, ¿por qué no aprovecharla? Una sugerencia casi sin fundamentos, inverosímil al cabo de todo lo ocurrido pero en la que cada quien encuentra un personal soporte, la apta opinión para el oficio; la que decide, en suma, lo que debe de hacerse. ¿Por qué no aprovecharla? Era como si a uno lo hubieran arrojado entre declaraciones parecidas y fuera sin embargo diferente a todas. Distinto a cualquier suceso; a los actos corrientes, a los seleccionados, a los que contribuyen a una acción.

Levantando la cara, a plenos pulmones, respiró. Y al alejarse tuvo el convencimiento de que no le caerían mal esos días de vacaciones imprevistas aunque el consultorio se cerrara. ¡Qué descanso! Si, por mucho que Úrsula se hubiera resistido a tomarlas ya que “¿Cómo lo dejo solo? La boda, aun cuando no lo diga, lo tiene trastornado”. Pero después de tanta indecisión había comprendido, al fin, que el viaje era indispensable en una pareja de recién casados. Por eso aquella tarde -una semana atrás- ella fue de opinión que Alfredo tenía que aceptarlo, pues bien visto “¿Qué remedio le queda? Es parte del plan y no puede echárnoslo a perder.” Por lo demás -dijo contando con los dedos- saldrían sólo jueves, viernes, sábado y domingo: cuatro días para descansar; para nadar o leer el periódico (Justina, como de costumbre, andaba merodeando en el departamento para ver qué pescaba); para dormir a pierna suelta y olvidar que se ha contrariado a la familia. Pero recordando de pronto que el ejercicio -nadar, sobre todo- le podría

hacer daño, ella se había sumido en una actitud desconsolada, y luego la acompañó a su casa porque además, cuando Justina no lavaba en la azotea, o la mandaba a hacer algunas compras, era inútil quitársela de encima.

Lo del viaje no estaba mal pensado, al contrario; difícil, en cambio, era llevar a cabo la idea de vivir juntos, no por otro motivo sino por la lejanía del consultorio. Y levantarse una hora más temprano no dejaba de ser muy molesto. No, eso no: cada quien en su casa aunque, claro, se vieran con frecuencia para evitar sospechas. No sería él, además, quien soportara a Alfredo desde las cinco de la tarde, como si la única obligación -salido apenas del trabajo- fuera estar cosido a las faldas de Úrsula. Pero ¿qué hablaría Eugenia Sandoval con el muchacho aquél?, pensó observándola de reojo mientras la vio ponerse, en el pelo, un pasador. Le gustaba a pesar de sus dieciocho años; aunque en modo alguno y lo saludó a gritos, sonriéndole- pudiera compararse a la madre, admirable, en verdad. De haberla conocido un poco antes!, dijo en voz alta como si caminara acompañado. ¡En cambio Elena! Pero esta vez (por más que algunas noches tuviera la tentación de hacerlo) no la buscaría, pues quien resiste tres meses de ausencia prescinde para siempre -pensó- de una dependencia humillante. Tan terca, tan obsesiva, murmuró al cruzarse con dos hombres en plena discusión; pero los manotazos se perdieron en el silbato de la fábrica, exacto, delimitado por esa mañana de agosto que trazó, sin esforzarse en lo más mínimo, la aventura casual de la luz. ¡Qué calorón se soltaría! Pues ahora, sin que nadie fuera capaz de intervenir para arreglarlo de otro modo, el verano

se establecía asegurando, a pausas, su lugar. Era una voz externa, blanca, que pertenece al plano de lo que nos acompaña desde hace muchos años. Y empapando abetos, Álamos, pinos oscuros, casas; allí, con ojos que miran de lo alto, el verano fue un refulgente traje antiguo, renovado día a día, sin que la eternidad lo cambie.

Caminó con calma entre más y más gente, mientras Ursula -pensó- estaría apenas saliendo de la cama, amodorrada a pesar de que ya Alfredo la hubiera llamado para despertarla y saber si, en efecto, estaba decidida a casarse. Cosas de enamorado, pues la última vez que se reunieron acordaron que sería lo mejor. Lástima que fuera un pobre diablo, incapaz -no como él- de ayudarla. ¡De no ser por sus consejos, por su incondicional apoyo! Por otra parte la situación era muy clara y ninguno quedaba engañado, si acaso sorprendidos de llevar a cabo lo que para los otros (de averiguarse la verdad) sería una quijotada. Lo cierto era que había una razón y no resultaba tan fuera de lugar que dos viejos amigos se casarán, ni siquiera para los allegados, pero en caso de que la gente desconfiara, ¿quién habría de sacarla de dudas? Al contrario; irían como testigos, y Adolfo Suárez o los Nieto o la misma Matilde pregonarían, a voz en cuello, la noticia.

Un acto generoso, pensó al doblar la esquina; pero muy pocos, en realidad, lo entenderían. ¿Qué más da? Lo importante era que, contra viento y marea, Úrsula se hubiera decidido no obstante la tenaz oposición de Alfredo; a pesar de sí misma, también, ya que no poco esfuerzo le costó convencerla. Telefonemas, discusiones, alegatos hasta la madrugada porque no le permitiría mezclarse en

algo tan comprometido. Sería injusto y ella, sólo ella, habría de salir adelante por muy pesada que fuera aquella carga. Pero ¿qué diría su madre cuando supiera lo del embarazo? ¡Con lo que odiaba a Alfredo! Después aquello del aborto; una estupidez, si las hay, pues él, Xavier Ruiz-justamente un dentista, no iba a conseguir al médico dentro de un ambiente en el que todos se conocen. Entonces le dijo que era mejor tenerlo; que un hijo, en su caso, sería no sólo una distracción, sino la más efectiva manera de provocar un alejamiento por parte de Natalia, de la familia entera. Úrsula no lo había pensado; temblaba, pasó insomnios agudos y fue a ver al neurólogo. Lo conmovía por indefensa; porque su vida estaba constreñida a obedecer a la madre, al marido de la madre, a los hermanos; a cuidar de los pájaros, del perro, de las criadas. Lo sacaba de quicio, pues no hay derecho a que una mujer, cuando ha rebasado los treinta años, no tenga aún una experiencia que considere propia.

Se detuvo. ¿Por dónde continuar? Estirar las piernas a veces lo conducía por sitios casi desconocidos en los que el tráfico y la gente se resolvían en términos muy simples, acostumbrados a seguir el hilo de esas tres calles que no se dirigían a él, ni a nadie; cuyo propósito, de haberlo, requería la presencia de algún elemento suplementario que claramente lo expresara por encima de lo que se lleva en la memoria. Caminó sin prestar atención a los coches, mirando después dos filas de árboles que desembocaron en una plaza como hay muchas. Un espléndido día, dijo, porque todo, en efecto (por más que las banquetas se rompieran para cambiar los arbotantes) parecía arreglado en un

abundante material que con la luz impuso la norma de quien se amolda a una situación interesante. Una talla fugaz, cuya esencia se desconoce, libre, traspasada de emociones íntimas. Por eso el aire y los árboles, fuera de toda impúdica invasión se detenían en el momento preciso para declarar la realidad tal como es, trocada ahora, simplemente en una anécdota llena de sustancia. Y ¡qué punta de locos los estudiantes!, murmuró al oírlos gritar y silbar y correr para disputarse la gorra de aquel que en un instante de descuido saltó y la atrapó, borrado por los que fueron en su busca. Se le echaron encima, patearon; alguno de ellos rebuznó. Después, sacudiéndose el polvo, se alejaron cantando sin que les importará la obligación que se impondría al casarse con Úrsula, pues ¿quién le manda a uno dar consejos? Las mujeres, por tímidas que sean, requieren de muy poco para soltarse el pelo, por más que ella, en este caso, careciera de todo sentido de maternidad. Sin embargo la indujo a que tuviera un hijo y ahora para aliviar, en parte, la responsabilidad (era el colmo que impedir el aborto tuviera más graves consecuencias que propiciarlo) - le daría un nombre al niño. De ese modo la situación se legalizaría y Úrsula podría conservar, sin temores, aquella relación con Alfredo. ¿O no consideraba urgente salir de las crisis nerviosas, cada vez más frecuentes? La obligó a recordar el caso de Matilde, sus largos periodos de reclusión, su alelamiento, su delirio; y ella -al oír detalladamente el asunto- no dejaba de suspirar, como herida, afirmando que su familia la orillaría al suicidio: "Tú eres testigo; las cosas empeoran con el tiempo. Lo malo es que Gonzalo la solapa. ¡Tengo tantas cosas que contarte! Por favor, no

faltes." Y se despidió porque aquella mañana (antes de mudarse a la casa que le regaló el padre) había salido con el pretexto de comprar mantequilla, no sin antes agregar, resignada, que no era ningún delito llegar al pardear las nueve de la noche; que jamás, jamás, hubiera creído a su madre capaz de robarle las cartas. ¡Como si leerlas pudiera evitar que se viera con Alfredo; que antes de las nueve se hicieran el amor!

Pero la novedad fue que un hombre la seguía a todas horas; un detective, con seguridad; blanco él, chaparrito. Lo cierto era que ya no encontraban modo para verse, escondidos siempre, de malhechores. Entonces, como si una aglomeración de sentimientos estallara, lloró con gravedad solemne y ahora (al oír a los pájaros, esparcidos sin otra mira que el fin que siempre se proponen) la ansiedad parecía simulada y el detective era cosa de risa. Tuvo que consolarla, pues, con el matrimonio, y mudada ya a la nueva casa, sin Natalia (la levantó en vilo, la abrazaba), todo había de arreglarse. Ya, ya; así es, calmada, ¿a qué tanto llorar? En adelante llevaría una vida libre, fuera de la intolerancia de la madre -quien por lo bajo abrigaba las esperanzas de casarlos y sobre todo de Julio. Sólo eso faltaba: hasta el hermano, hasta Flora, la puritana de su mujer. Lo único que completaría el panorama sería que Angela o Amanda también metieran las narices, pensó mientras a sus anchas, magistralmente producida, la luz presionaba las hojas, las ramas, lo accidental y fragmentario de los pájaros, en un movimiento inabarcable que intentó darles una definitiva forma, alternada, quizás, con los muchachos sentados a la orilla de la banqueta. Pero no lo advirtieron pues (como si el

día tuviera pasiones semejantes) los envolvió sin molestarlos, aunque con cierta utilidad.

Atrás quedaron el puesto de periódicos y gente que leía, sin comprar. Los pájaros -tres puntos ne gros, cinco, muchos más- aletearon chillando, animados confiadamente, como si ellos mismos no fueran sino una simple casualidad. Dos, tres, volvió a contar. Estallaron en una confusión familiar, casi desmesurada si se advertían las carcajadas de aquellos albañiles. Chillaron cerca de ellos, breves, ágiles: sucesos extraños, tantos pájaros. Se difundieron por allí, ocultos en la larga procesión de copas, de ramas, tendiendo operaciones en que cada detalle práctico, o de alguna otra índole, es parte de un juego siempre como de paso; de una animación de líneas que los arrastran siempre más adelante, medio fundidos al motivo central de la ciudad. Pero ¿no era ésa la casa de los Pliego? Las cortinas, colgando fuera de las ventanas, anudadas, lo remitieron a la fiesta en que hizo el ridículo con esa borrachera realmente escandalosa. Insultos, vómitos, vasos quebrados: lo que le ocurre a un tímido siempre que encuentra la oportunidad de desahogarse. Después, como fardo, lo sacaron, y al día siguiente Matilde, indignada "por ti, pues no sé a dónde vas a parar" le dijo que ni un solo suspiro merecía esa tonta, ya no digamos una borrachera. Muy desagradable, en verdad, pues era inconcebible verlo en esas condiciones, sobre todo por una mujer tan vieja, con ojos arrugados, como de tortuga. Y como en ocasiones le daba por la psicología habló de la madre, de los complejos, pero el dolor de cabeza era espantoso y se quedó callado pues, por otro lado, lo de los Pliego era muy vergonzoso ya que si no lo corrieron fue porque no

hubo necesidad pero no por falta de ganas. ¡Ojos de tortugal Ojalá fuera cierto -pensó para librarse de ella; pero ahora, cuando supiera lo del matrimonio, Elena tendría una depresión violenta, dolorosa por inconfesable, además. ¡Qué intrincado todo, qué confuso!

Al cambiarse de acera del lado de la sombra, a la memoria se ajustaba su desconocimiento de la vida; no haber ido, con oportunidad, al médico; pero en la adolescencia esa clase de enfermedades se convierten en algo inconfesable. Era inútil-pen- só- lamentarse por cosas ocurridas tanto tiempo atrás. Haber sido amante de una mujer entrada en años -fuera de otras razones no bien definidas- era la salida de un hombre incapacitado, como él, para tener un hijo. No corría así el peligro de comprobarlo a cada instante. Pero, de apretar un poco más las tuercas, era ése el motivo por el que insistió para que la otra no abortara. Una transferencia obvia, si las hay, ¿a qué negarlo? Por ello, al seguir adelante sin hacer caso de los aparadores, Úrsula se le convertía en una especie de socio que a sus costillas, naturalmente, le permitía los experimentos más ociosos. ¿Cómo entonces creer que se casaba por nobleza, por favorecerla, por amistad? ¿A qué criticarle lo de Alfredo después de propiciar la relación? Menos mal que ahora, al ya vivir separada de Natalia, algo se había ganado, lo cual no disminuía que él, Xavier Ruiz, fuera, ni más ni menos, el alcahuete. Y tal postura, impropia de un hombre decente, era más indeseable a medida de recapacitarlo más. Pero no era todo ya que, sin asistirlo ninguna vela en el entierro, era ya padre, un padre lírico, con la azucena entre las manos, igual a San José.

Desayunar, ir por Úrsula, llamar a Matilde, el juzgado ¿qué otra cosa? Visitar a la suegra. Y ya desde ahora no dejaba de adelantarse a los acontecimientos, porque Natalia, disimulando el despecho de que no la tomaran en cuenta, lloraría de alegría. Una vieja hipócrita ya que, no bien abandonaran la casa, llamaría a Julio, a Gonzalo, a quien pudiera. ¿Qué, no lo sabías? Se casaron. Imposible explicarte cómo me ha sentado la noticia; apenas puedo respirar, deja que me siente. ¿Por qué a escondidas? Jamás me hubiera opuesto. Hasta podríamos haber convidado a unas cuantas per. sonas. Pero las desgracias nunca llegan solas. ¡Ya tú ves, yo, con Angela ardiendo en calentura...! Y Flora, sin dejar de resolver el crucigrama, la oíría pensando en que tamaña rebeldía ameritaba dejarla sin herencia; en que Aitolia era la región peninsular extrema, hacia occidente, de la Antigua Grecia meridional; en que era incomprensible ('No tiene importancia, cálmese, era de esperarse') que Julio no llegara aún para comer. 'Es mejor lo que ha sucedido y no que se rumoren otras cosas. ¿No quería usted que esa amistad, tan poco clara, diera ya algún color? Necesario sería, sin embargo (recorría el dedo por la nueva vertical vacía), investigar ciertos aspectos. ¡El arroz! ¿Quiere que la llame dentro de diez minutos?'"

Algunas nubes blancas, sujetas a una forma de inspiración, a una desconocida sugerencia, se desplazaron en la actitud de quien obtiene un privilegio. Era un proceso permitido, oficial, y el cielo -temporalmente oculto en breves intervalos de relativa comprensión- se adaptaba a aquellas nuevas condiciones. Rodaron a la ligera, por un momento escondidas detrás del anuncio de la enorme

botella de cerveza, sin que ninguna contradicción lograra advertirse en ese movimiento; se fueron más y más al norte, desligadas, sin otra obligación que la de arrojar grandes manchas de sombra sobre los edificios, sobre el pequeño lago artificial del bosque, donde algunos domingos acostumbraba remar o simplemente vagaba recargándose, sin que corriera el tiempo, en el barandal desde cuyo ángulo el puente flotaba a ras del agua. Y la gente al pasar iba y venía sin hundirse, sin salpicarse por el chorro, altísimo, que al caer a sólo unos metros de distancia, despeñado de la fuente, formaba (como quien respeta una costumbre antigua y nada más) una especie de niebla que, por más que se desplazara sobre el lago, no hizo causa común con lo demás. Nunca la luz, en ningún otro sitio, fue tan pública, tan accesible. Jamás, como allí, estuvo tan al alcance de la mano. Era un obrar apasionado, sin discrepancias, cuyas vibraciones -infinitamente ascendentes- caían después para aparecer en todas partes. Se imaginó entonces caminar con Elena por la orilla del lago, sólo por un rato para que no la sorprendieran, como si tuviera catorce años. ¡Qué ganas de mandarla al carajo, de no pensar en ella! Y ahora los dos lo miraron cortado en trozos, en reflejos mal calculados por el vaivén del horizonte al revés y de algún pato irresponsable que, con el claxon sobre los oídos, desaparecía de la mente arrastrando a Elena, al puente y al vendedor de charmuscas hacia el lago, que se lo tragó todo. [-;Imbécil! ¿No ve por dónde va?] oyó gritar al chofer-. Y lo vio arrancar sin que dejara de pensar en la ahogada; en que al regresar de algunos de sus muchos viajes Félix, su marido, se

encontraría con la espantosa nueva. Sonrió: libre, al fin, de Elena!

Ojalá más tarde cayera un chaparrón, pensó al llegar a la glorieta. Era tiempo de llamar a Matilde, a quien nada agradable le sería encontrarse, en el Registro Civil, con los Nieto. Pero no; le daba igual, finalmente, pues lo mismo era deberle a él aún la operación de las encías que dejar a Isabel con la deuda del abrigo de pieles. Un caso irremediable, pensó mientras la muchacha, al salir de la peluquería, abrió la sombrilla floreada explicando que el sol quebraba los tejidos y era pésimo, lo que se dice pésimo, para el cutis. Y alejándose con las amigas volvieron todos la cara para mirar a los bomberos que al pasar dejaron la impresión de que algo oculto cobraba una supremacía; de que en un instante la vida se llenaba de propiedades diferentes, de diversas funciones lastimosas, no efímeras, sin solución. Y una vez idos, las flores siguieron su camino ladeándose en toda plenitud, errantes, pasajeras, mudables, distraídas, sin que por eso dejara de pensar en sus cosas, en el hervidero que tenía en la cabeza. Recordó, de nuevo, la herencia; pensó que, de no quitársela, muy pronto Úrsula estaría en condiciones de independizarse de Natalia, lo cual era la prueba máxima de que jamás le soltaría un centavo, pues vivir sola, ahora, trajo ya demasiados problemas. ¿Cuál sería su reacción al saberla casada? Ojalá todo ese esfuerzo no cayera al vacío, pues si uno lo examinaba por el lado de Alfredo, el matrimonio, más que comprometido, resultaba inútil, ¿A qué conducía? Él, por estar casado (lo decía con un timbre de orgullo, hinchado como pavo real), era una opinión que contaba. A nada, ni a tantito así, como no fuera

¡claro! a una rutina exasperante. Pero eran celos, según Úrsula, y por otra parte el caso era distinto ya que Andrea, con toda su vulgaridad auestas, asfixiaba a cualquiera para no mencionar -decía- al montón de muchachos, sus hijos.

Empujó la puerta y entró. De espaldas, en la barra, varios hombres estaban en hilera. Atravesó en sentido opuesto y se sentó. Allí, lejos de la sombrilla floreada -el doce de mayo, exactamente- Elena le dijo que no volvería a verlo: fue en un sitio semejante a ese al que por chiripa -pensó- había llegado. Y no era, no, que fuera incapaz de habituarse a engaños, a mentiras, a visitarlo siempre con zozobras, expuesta a que Félix tarde que temprano lo supiera, sino que después de cinco años había llegado al convencimiento de que no lo quería; de que así las cosas, no valía la pena correr riesgo ninguno. Pero ¿tenían teléfono?, dijo después de pedir el café con un poco de crema, lo más ligero que fuera posible. Y al verla mojar la punta del lápiz en saliva reafirmaba la idea de que era una excusa, cruel, si las había, para no confesar los golpes de pecho, la beatería, el adulterio, en suma. ¡Qué desesperante! Estar enamorado era el intento de explotar, al máximo, una sujeción espiritual, pensó. Un valor en uso que sólo se obtiene cuando es necesario mantener un orden -si así puede llamársele- que reemplaza al prolongado conflicto de ser libres. Pero de ser sincero había de reconocer que ahora el sentimiento -su amor por Elena- cedía en intensidad, sujeto en parte al estado del cual había salido; inalterable únicamente en la medida en que somos una contradicción, en que representamos un movimiento doble, ya

que cada paso hacia adelante condiciona de nuevo la memoria, pero no la destruye jamás.

-¿Alguna otra cosa?

-Un poco de agua mineral, sin hielo -dijo.

¡El adulterio! La respetaría si el problema existiera, si hubiera la raigambre católica y no esa farsa, el escudo a su falta de carácter, a su cobardía. Para intentar ser feliz un hombre requería, por lo visto, ir a la iglesia y al Registro Civil; aceptar bendiciones y, además, tragarse la idea de que el matrimonio fuera el único medio moral de fundar la familia. ¡Melchor Ocampo, el siglo xix! Pues eso, y no otra cosa, Úrsula y él oirían en unas cuantas horas más; mientras allí, tomando a sorbos el café, paladeándolo, era posible ver el edificio de la lotería cortado por los árboles que suben con lenta devoción y que parecen vivir con la mirada puesta en la promesa del espacio, lenguaje único que no lamenta el tiempo.

Indudablemente el volumen que es una ciudad se mostraba distinto. Era la más impenetrable certidumbre de la separación del individuo; el voluptuoso pensamiento de ser, en ella, anónimo, forma invisible de nuestra vida individual, el reino desde el cual se ve maravilloso el fondo de cada existencia, expresado por una riqueza comparable sólo a la que tienen determinados organismos a ciertas profundidades del océano.

A ras del suelo un vapor turbio, sin tema definido, se extendió entre los coches y fue el asiento de una muchedumbre que, sin pruebas, sin recursos legales, se expresaba inconfundiblemente. Era ya hora de llamar a Matilde, repitió. Y al levantarse y caminar no hubo, de hecho, un solo indicio por cuyo medio las cosas pudieran entenderse.